

Guy Jimenes

El niño invisible

*roman traduit
du français à l'espagnol par
Anne Guillot*

El niño invisible est la traduction
de la nouvelle édition de
Le garçon invisible
(éditions Barbedogre 2025).

Ce livre électronique est distribué
sous licence Creative Commons.
Pour information, consulter les pages suivantes :
creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.fr
guyjimenenes.net/livreselectroniques

© Anne Guillot
Les Râpées
45320 Courtenay- France
anne.guillot3@orange.fr
2025
Tous droits réservés

1. Un niño borrado

El libro que había sacado de la biblioteca no trataba de dragones, ni brujos, ni fantasmas, y me estaba aburriendo un poco cuando una frase extraña, arriba de una página, me llamó la atención : « El hijo del panadero era un niño borrado. »

Miré la imagen atentamente, no vi nada extraordinario : el hijo del panadero parecía de lo más normal.

Enseñé el libro a mi mamá que estaba podando los rosales.

– Mamá, ¿ qué es un niño borrado ?
¿ Significa que lo borraron con goma ?

Dejó las tijeras de podar, se quitó los guantes y echó un vistazo a la página.

– No, sólo es un decir, me explicó. Un niño borrado es un niño tímido, que no se nota mucho.

Al volver a mi cuarto, me miré al espejo del armario. « Un niño tímido, que no se nota mucho... » Pues como a mí. Siempre me ocurría que no me vieran, que no me hicieran caso.

Ayer en el centro, al pasar delante de Tristán, le había dirigido una señal, pero no me había respondido. No me había visto de lo ocupado que estaba, hablando con su padre...

En la escuela, cuando yo empezaba a contar un chiste, Yusef o Leonardo siempre me cortaban la palabra y se ponían a contar otro chiste, ¡ o incluso el mismo ! Por lo visto, yo no hablaba bastante alto. Era demasiado tímido.

Tímido... ¡ Qué palabra más fea !
Hasta me gustaba más *borrado*.

Aquella noche, pasé sin querer delante del televisor que papá estaba viendo.

– Eduardo, me lanzó, ¡ no eres transparente !

Transparente da mucho de pensar. Antes de acostarme, me planté frente al espejo y pronuncié esta fórmula :

– ¡ Súper Transparente, asómate !

No vayan a creer que me encontré vestido con un traje de invisibilidad. Mi

reflejo de niño tímido permaneció igual.
Pero decidí reaccionar...

2. El juego de la mano

Al día siguiente, en la escuela, me junté con Leonardo y su pandilla. No me hicieron caso, lo de siempre.

Dije :

– Hola. Va a haber un eclipse total.

Mi voz no tenía potencia. No me oyeron, prosiguieron su charla como si yo no estuviera. Se trataba de un nuevo videojuego. Del videojuego pasaron al cohete

Ariane, luego Leonardo elogió su catalejo :

– Las noches de verano, con mi padre, conseguimos ver los anillos de Saturno.

– A mí, dijo Juana, me encanta observar la Luna con prismáticos.

– Desde luego, afirmó Yusef, va a haber un eclipse total.

Asentí con la cabeza y puse cara de atención como los demás. Pero eso no quita que yo había sido el primero en hablar del eclipse.

En clase, terminé rápido el ejercicio. La señorita Jolivet nos dejaba dibujar mientras esperábamos la corrección. Cogí la cajita de los lápices de color y

empecé a dibujarme de Súper Transparente.

– ¿ Por qué pones una T en el traje ?
me preguntó Mina. Si te llamas Eduardo.

– ¡ Adivina !

Se le encendió la mirada y dijo :

– ¡ Súper Tímido !

Enseguida di la vuelta a mi dibujo para que no pudiera mirarlo más.

Me pregunté lo que Súper Transparente haría en mi lugar, y se me ocurrió la idea de un Súper Juego : yo levantaría la mano *cada vez* que la señorita Jolivet nos hiciera una pregunta. Si no me interrogara, me quedaría invisible y marcaría un punto. Pero si me interrogara, yo perdería, dejaría de ser invisible y cogería la visibilidad, que es una suerte de varicela entre los tímidos.

Ésas eran las reglas del juego más terribles jamás inventadas por un humano de 2° de primaria. ¡ Y eso que había fijado ir hasta DIEZ puntos !

Me sentía tremendamente excitado al pensar en levantar diez veces la mano sin ser interrogado. ¡ Ningún niño en el mundo había realizado tal hazaña !

¡ Todo el día estuve levantando la mano ! Sumaba los puntos que ganaba en una hoja de borrador. No hacía trampas. Cada vez que la señorita Jolivet hacía una pregunta a la clase, hop, alzaba el índice como si quisiera tocar el techo.

Dio la palabra a Myrtille, a Paulina, a Juan, a Yusef, a Leonardo, otra vez a Myrtille...

A mí, nunca.

¡ Así es como llegué a los nueve puntos ! Sólo me faltaba uno e iba a pulverizar el récord del mundo.

¡ Cuando de repente vi que todas las miradas giraban hacia mí ! ¡ Dios, María y Jesús ! ¡ *La maestra me estaba apuntando con el dedo !*

– ¿ Y– y– y– yo ? balbuceé.

– No, *tú* no, Eduardo. Tú, Tristán.

¡ Uf ! Me salvé por los pelos.

Con orgullo marqué mi último punto.

¡ El punto de la victoria !

3. El juego del silencio

Tras esta hazaña, me sentí más invisible que nunca, fuerte y triunfante como un rey. Yo era Transparente Primero, los demás no eran sino inútiles. Yo reinaba sobre la clase, sobre el patio del recreo, sobre la cantina.

Yo hacía lo que quería. Hasta la misma maestra no contaba para nada.

Fue entonces cuando se me ocurrió otro Súper Juego : ¡ no pronunciaría ni

una sola palabra hasta el fin de la clase ! Y toda la tarde permanecí callado. Ponía cara seria, pero ¡ cuánto me reía para mis adentros !

A las cuatro y media, sonó el timbre. Mina me regañó porque tardaba demasiado y le impedía el paso.

– ¡ Un minuto ! protesté.

Casi me asusté por el sonido de mi voz. Parecía la de otra persona.

¡ Era la primera palabra que pronunciaba desde que había balbuceado « ¿ Y– y– y– yo ? » por la mañana, al creer que me interrogaban !

Miré a mi alrededor, con los ojos llenos de emoción y orgullo, pero nadie prestaba atención al silencio que acababa de romper.

– ¿ Estás bien ? se preocupó Mina.

– Nunca he estado tan bien, le aseguré.

La idea de un tercer juego me vino en casa, algunas horas más tarde, al quitarme la ropa antes de acostarme. Sería un juego más genial aún que levantar la mano sin ser interrogado o callarse.

¡ Y mucho más peligroso !

Cada vez que la maestra borrara algo en la pizarra, me quitaría la ropa, una por una...

Al final, contaría hasta diez y volvería a vestirme... ¡ Si nadie se percataba de nada, ganaría !

Tardé un tiempo infinito en conseguir el sueño, por las prisas que tenía de acudir a la escuela. Ya se enterarían los demás. ¡ O mejor dicho, no se enterarían de nada !

4. El juego del desnudamiento

Una vez en clase, fui incapaz de copiar el ejercicio de cálculo por lo mucho que temblaba de excitación.

– ¿ Habéis terminado todos ? preguntó la señorita Jolivet.

Llevaba el cepillo levantado, preparándose sin saberlo a darme la señal para empezar.

Cuando se puso a borrar la pizarra, farfullé « ¡ Vamos ya ! » y me quité un zapato, y luego el otro en el segundo cepillazo.

No llevaba calcetines y por poco estornudé cuando una ligera corriente de aire me acarició la planta de los pies. ¡ No era buen momento para hacerme notar !

La maestra copiaba ahora una poesía sobre el sol. El problema, era que no tendría motivo para borrar la pizarra antes de mucho tiempo, yo había elegido el día equivocado...

De repente, Paulina se exclamó :

– ¡ Usted escribió dos veces « verano » !

La señorita Jolivet volvió a leer la pizarra.

– En efecto, reconoció. ¡ Por lo visto, necesito descanso !

Y mientras desaparecía « verano » bajo un tercer cepillazo, hice resbalar mi

pantalón corto, que dejé repantigarse en mis zapatos.

La maestra leía otra vez lo que había escrito, frunciendo las cejas.

– ¡ Pero bueno ! gritó.

¡ Y hop ! Otro cepillazo para quitar una s.

Con los dedos temblorosos, deshice los botones de mi camisa de mangas cortas que quité sigilosamente. A mi lado, Mina se esmeraba en copiar la poesía.

De nuevo me entraron ganas de estornudar. Para impedirlo, me hice cosquillas en el paladar con la punta de la lengua. ¡ Inténtenlo para probar un día, y verán que sí funciona !

Experimentaba una emoción intensa, una mezcla de placer y de miedo. ¿ Cuánto tiempo iba a permanecer así,

en calzoncillos, esperando que la señorita Jolivet borre algo más ? ¿ Y qué pasaría si sonara el timbre *ahora* ?

Un poco inquieto, me incliné para recoger discretamente mi ropa y vestirme sin demora.

Pero en el mismo instante Mina asió su borrador para corregir un error en su cuaderno. ¡ Entonces, se voló mi miedo !

« ¡ Esto vale ! improvisé, ¡ esto también es borrar ! »

¡ He aquí como me encontré totalmente desnudo !

5. Ya nada anda bien

Tenía unas ganas tremendas de gritar : « ¡ Miradme ! ¿ Veis de lo que soy capaz ?

¡ Afortunadamente, me contuve ! No había que estropearlo todo. El juego no había terminado. Me faltaba contar lentamente hasta diez antes de volver a ponerme la ropa. Uno... Dos... Tres...

Era como cruzar a nado una piscina llena de cocodrilos.

Cuatro... Cinco... ¡ Los diez segundos más largos e intensos de mi vida !

Seis... Siete... Aún podía ocurrir cualquier cosa, Tristán iba a darse la vuelta y ponerse a gritar : « ¡ Mirad a Eduardo ! ¡ Mirad lo que ha hecho ! ¡ Se ha vuelto loco ! »

Ocho... Nueve... ¡ Ya, ya estaba, ya estaba por fin, estaba cerquísima de la meta !

Pero... como un imbécil, pronuncié « ¡ Diez ! » a media voz.

Enseguida refunfuñó Mina :

– ¡ Calla !

Hasta giró la cabeza hacia mí un breve instante. Felizmente, absorta en su trabajo, no se percató de que estaba desnudo. Que conste lo bien que sabía yo borrarle. No lo intenten ustedes, no

puede hacerlo cualquiera. Me volví a vestir tan tranquilo.

El timbre del recreo sonó algunos instantes después.

– Podéis salir, lanzó la señorita Jolivet.

Y luego vino al fondo de la clase. Mi cuaderno estaba abierto en una página blanca, pues no había copiado la poesía, pero no importaba.

Me sentía invisible, y entonces inventible, ¡ más Súper Transparente que nunca ! Pensaba que la maestra tenía algo que decir a Mina. ¡ Pero fue en mi hombro donde puso su mano !

La señorita Jolivet esperó a que se alejara Mina y me dijo en voz baja :

– ¡ Tenemos que hablar, joven estriptista !

Yo no conocía la palabra estriptista, pero les aseguro que entendí al instante : ¡ la señorita Jolivet me había visto quitarme la ropa !

6. « Un problema bastante urgente »

– ¿ Puedo saber qué te ha pasado ?

No, la maestra no podía saber, era demasiado complicado de explicar.

– Estaba jugando a Súper Transparente, resumí.

– Pues te ha salido bastante bien. Por poco no me enteraba de nada... ¿ Lo has hecho para impresionar a tu amiguita ?

– ¿ A Mina ? ¡ Si no ha visto nada ! Y además, no es mi amiguita.

La señorita Jolivet me observó largamente.

– ¿ Puedes explicarme lo que te gusta en este juego ?

Permanecí totalmente callado.

– Sabes que uno no se puede desnudar así delante de todos... Voy a tener que avisar a tu mamá.

– Es lo normal, admití.

Le sostenía la mirada desde el principio, y a la fuerza, empezaron a picarme los ojos. Miré hacia otra parte.

– Pues me alegro de que te tomes las cosas así. Dame tu libreta de correspondencia.

La señorita Jolivet apuntó un mensaje para mamá. Quería citarla para el día siguiente antes de las clases. Escribió :
« Por un problema bastante urgente».

Me privó de recreo y tuve que copiar la poesía sobre el sol. Los demás entraron y la maestra borró la pizarra.

Mina ni siquiera me preguntó por qué me habían castigado. Se contentó con mirarme con una sonrisita lista muy molesta.

No me apuré en volver a casa. ¿ Qué iba a contarle a mamá ? Me hubiera gustado volverme realmente transparente, esta vez.

– ¿ « Un problema bastante urgente » ? se asombró mamá al descubrir el mensaje de la señorita Jolivet. ¿ Te has portado mal ?

Estaba plantando sus ojos en los míos, como la maestra esta mañana, pero eran los ojos de mamá. Me refugié

contra ella. Me abrazó con ternura, sin mostrar impaciencia. Acabé confesándole :

– Me he desnudado en clase...

Precisé enseguida :

– Pero no me vio nadie excepto la maestra, y sólo al final, cuando ya me volvía a vestir.

Mamá rio de los nervios.

– No tiene gracia, le dije.

– En efecto, replicó. Pero ¿ se puede saber qué te ha pasado ?

¡ La misma pregunta que la señorita Jolivet ! Se lo conté todo : había decidido ser el rey de los Invisibles, el campeón de los Borrados, y me había inventado juegos de Súper Transparente...

Le pedí :

– Por favor no digas nada a papá.

Hizo « chitón y punto en boca » y me tranquilicé.

7. El día del eclipse

Al día siguiente, pedí gel a mamá y me peiné el pelo con puntas.

Cuando llegué, Mina ya estaba en la entrada de la escuela, presa de la curiosidad. Mamá y yo pasamos delante de ella. Le dirigí una señal, a la que respondió amablemente.

Había habido una tormenta en la noche y el patio estaba mojado. Mamá evitaba cuidadosamente los charcos a

pesar de sus tacones altos, y sus pendientes bailaban en sus orejas.

La señorita Jolivet nos esperaba en el aula. Se saludaron y mamá declaró :

– Eduardo me lo ha contado todo...

Hablaron un rato, yo no las escuchaba realmente. Por la ventana, veía llegar a los demás.

Finalmente, me hicieron prometer que no iba a repetir. Por suerte, ya no me daba la gana.

Mamá y yo nos despedimos en el portal. Cuando me junté con los demás, Mina me lanzó :

– ¡ Qué nuevo peinado más guay !

– Me alcanzó un rayo esta noche durante la tormenta, contesté.

Mina se rio. Se le formaban dos hoyuelos graciosos en las mejillas.

Cuando se puso seria de nuevo, me dijo en voz baja :

– Bien sé lo que hiciste ayer, no soy ciega. Es por tu desnudamiento por lo que tu mamá ha venido, ¿ cierto ?

¡ Me había visto Mina !

– No te preocupes, añadió. No se lo diré a nadie. Esto quedará entre nosotros.

El día del eclipse, a las once, la maestra nos hizo salir al patio.

Mientras Leonardo y su pandilla es-
crutaban la Luna y el Sol esperando a
que anochezca en pleno día, dejé caer al
oído de Mina :

– Eres muy bonita.

– Ya lo sé, suspiró. ¡ Yo también te
quiero a ti !

Cuando volvió a aparecer el sol, ya no me sentía transparente, ni borrado, ni tímido...

Estaba enamorado.

Índice

1. Un niño borrado... p. 3
2. El juego de la mano... p. 7
3. El juego del silencio... p. 12
4. El juego del desnudamiento... p. 15
5. Ya nada anda bien... p. 19
6. « Un problema bastante urgente » p. 23
7. El día del eclipse... p. 28